

## SUPERVIVENCIA DEL CULTO SOLAR EN LA ROMA DE LEÓN MAGNO

YELO TEMPLADO, A.

Tal vez no exista en el mundo antiguo un culto tan universal, tan no oficial, salvo en épocas determinadas, y tan persistente como la heliolatría.

León Magno en una homilía pronunciada el año 451 (Tract. XXVII) proporciona la noticia circunstancial de una manifestación de culto solar en la Roma cristiana del siglo V.

El texto en cuestión, también estudiado por Lof (I) hace una decena de años, es el siguiente:

«Quod nonnulli etiam christiani adeo se religiose facere putant, ut priusquam ad Beati Petri apostoli basilicam, quae uni Deo vivo et vero est dedicata, perueniant, superatis gradibus quibus ad suggestum areae superioris ascenditur, conuerso corpore ad nascentem se solem reflectant, et curuatis cervicibus in honorem se splendidi orbis inclinent. Quod fieri partim ignorantiae uitio, partim paganitatis spiritu, multum tabescimus et dolemus, quia etsi quidam forte Creatorem potius pulchri luminis quam ipsum lumen, quod est creatura, uenerantur, abstinendum tamen est ab ipsa specie huius officii, quam cum in nostris inuenit qui deorum cultum reliquit, nonne hanc secum partem opinionis vetustae tamquam probabilem retentabit, quam christianis et impiis uiderit esse communem?» (Tract. XXVII, 83-96).

«Lo cual (hacen) también algunos cristianos, quienes creen obrar religiosamente de tal manera, que antes de entrar a la basílica de San Pedro, dedicada al único Dios vivo y verdadero, habiendo subido la escalinata por la que se asciende a la parte más elevada del pórtico superior, se inclinan volviendo el cuerpo hacia el sol naciente y doblan las cervices en honor del brillante disco. Nos consumimos y nos dolemos, porque en parte se hace por culpa de la ignorancia, parte por conservarse el espíritu del paganismo; porque aunque quizá algunos veneran antes bien al Creador de la hermosa luz más que a la misma luz, que es una criatura, sin embargo es preciso abstenerse de la apariencia de esta práctica; pues si la cual se halla entre los nuestros por uno que haya dejado el culto de los dioses, ¿acaso no retendrá para sí como probable esta parte de la vieja creencia, que viese que era común a cristianos y a paganos?».

Detrás de la práctica heliolátrica de los cristianos romanos del siglo V quedan grandes hitos en el desarrollo histórico del culto solar. Nuestro problema es averiguar con cuál de ellos pudiera ser conectada.

Las sectas maniqueas, que pululaban por la Urbe en el siglo V, profesaban el culto solar en sus más diversas manifestaciones. Para los maniqueos, continuadores del viejo culto mitráico, el 25 de diciembre era un día honorable, no tanto por el Nacimiento de Cristo, sino por serlo del «ortus novi solis»<sup>2</sup>. Ellos seguían manteniendo el matiz solar del domingo, ayunando ese día en honor del sol y la feria II en honor de la luna<sup>3</sup>. Ellos también, haciendo depender la suerte de los humanos de los astrós, renovaban el fatalismo de la Roma pagana<sup>4</sup>. El maniqueísmo era el antiguo enemigo pagano «disfrazado de ángel de luz»: los cristianos habían de precaverse ante él, ya que habían sido transformados por Cristo de terrestres en celestes, para no caer de nuevo en las insidias diabólicas<sup>5</sup>. De las instituciones maniqueas derivaba la práctica de adorar al sol naciente desde lugares elevados<sup>6</sup>. A continuación es cuando expone León Magno la práctica paralela de algunos cristianos; pero su procedencia no se debe precisamente a contaminación de la «opinio pestifera» maniquea, sino a «vicio ignorantiae» y a «spiritu paganitatis». Como se insinúa en el mismo texto, con la interpretación de que al adorar la luz solar se intentaba adorar al Creador de la misma luz, la tentación de sincretismo no estaba muy distante. El paganismo, por otra parte, no era todavía en la misma Roma un lejano recuerdo. Aún debía ser normal la conversión de paganos<sup>7</sup>.

Es digno de notarse, de todos modos, que la sombra del culto helíaco había acompañado el desarrollo del cristianismo. La figura del Mesías hebreo ya se iba perfilando como el brillante «sol de justicia con la salvación en sus rayos»<sup>8</sup>. La primitiva comunidad cristiana lo recibió como el «Anatole» –Oriente– y el Cuarto Evangelio mantiene la preocupación de presentarlo como «tó phos tó alethinón» –la verdadera luz<sup>9</sup>. Las sectas heréticas, desde sus primeros brotes, no cesaron de recurrir a las teorías helíacas. Y uno de los lugares comunes de la parenética patrística<sup>10</sup> eran las exhortaciones para mantener a raya la tendencia de los fieles al culto solar. En el mismo siglo I el día de la semana dedicado al sol pasó a ser «kiriake heméra»<sup>11</sup>. Entre el 354 y 360 la iglesia de Roma adoptó para conmemorar el Nacimiento de Cristo la misma fecha –25 de diciembre– del «ortus novi solis» o «Natale Invicti»<sup>12</sup>. Incluso las representaciones iconográficas de Cristo se asimilaron al tipo iconográfico más ordinario del sol, que eleva su mano derecha para bendecir, sosteniendo en su izquierda el globo, símbolo de su dominación sobre el mundo<sup>13</sup>.

Una vez descartado el origen maniqueo de la práctica cultural de los cristianos de Roma, es necesario destacar que un siglo antes en la misma Roma el culto solar estaba en todo su apogeo. En el paganismo decadente se constata una veneración general al sol. Con Aureliano, después de su victoria sobre Zenobia en 274, aparece la tendencia a establecer una religión amplia, donde todas las demás tuviesen cabida y satisfacción: una especie de monoteísmo solar era la religión ideal para restaurar la unidad tanto política como moral del Imperio. El título «Sol Invictus» deja de asimilarse a ninguna divinidad oriental y la construcción del «Templum Solis» en el Campo de Marte con sus instituciones usurpa el lugar del viejo Júpiter Capitolino. Se comienza a celebrar el 25 de diciembre el «Natale Invicti»<sup>14</sup> y hasta la misma numismática llega a ser un exponente de la devoción imperial al sol<sup>15</sup>.

En el Oriente helenístico se habían venido elaborando unas bases teológicas de heliocentrismo, sobre las que se construiría la política de absolutismo teocrático de los

césares. Según esta teología astrológica, el globo solar, colocado como un rey entre los demás astros errantes, produce una fuerza alternativa de atracción y repulsión, que determina el movimiento de los demás cuerpos siderales. Esta especie de gravitación universal en torno al sol lo constituía como árbitro universal supremo, ya que los movimientos de las estrellas con sus complicadas revoluciones provocaban todos los fenómenos, no sólo físicos sino morales. Prosiguiendo esta teoría, se concluía que el sol era una luz inteligente, razón directriz del mundo, creadora de la razón humana, enviando las almas a los cuerpos y, tras la muerte de éstos, recogiénolos en su seno. El neoplatonismo efectuaría importantes transformaciones en este panteísmo astrológico. Según él, el disco radiante que alumbraba a los hombres no era más que intermediario entre un poder extramundano –otro sol puramente espiritual– y los mortales<sup>16</sup>.

Ahora nos preguntamos: ¿serían capaces estas teorías de calar en el alma popular de aquellos cristianos romanos, que adolecían de «vicio ignorantiae»? El pueblo sencillo, sin duda, quedaba al margen de tales elucubraciones.

A partir del siglo II, con la difusión de los misterios de Mithra<sup>17</sup>, es cuando se fue extendiendo más y más la adoración del astro invicto –«aniketos»–. Las inscripciones dedicatorias a las divinidades solares asiáticas aparecen muy numerosas en todo el Imperio Romano. En Roma y en Italia se encuentran en una cantidad considerable; también en el «limes» donde se acantonan los ejércitos romanos. Son más raras en la Galia (excepto en el valle del Ródano) y algo más frecuentes en Hispania y en Africa, donde acampaban las legiones. El culto mitráico recibió el favor constante de los emperadores, aunque se sabe poco sobre la condición jurídica de los colegios de mithriastes. No obstante, las dimensiones restringidas de los mithreos hacen suponer que el número de iniciados debía ser reducido. Con el triunfo del cristianismo el culto de Mithra sufre una persecución sistemática y a finales del siglo IV, después del auge efímero con la apostasía de Juliano, queda reducido a miembros de la aristocracia romana. Nada nos hace suponer que el culto mitráico hubiese llegado a ser popular. La nobleza romana en la época de León Magno parece ser que formaba en torno suyo una especie de consejo de colaboradores<sup>18</sup>. Posiblemente estos restos mitráicos pervivían en los nuevos conventículos maniqueos.

Anteriormente en Roma, como en Grecia y bajo influencias helénicas, el culto solar había quedado relegado a la sombra del antropomorfismo de los dioses del pantheon. (Asunto aparte sería la asimilación del sol con Apolo). Afirma Riess<sup>19</sup> que, si bien el sol ocupaba un lugar insignificante o poco importante en la religión oficial, tuvo ventajas en las supersticiones populares. Lo más probable es que la adoración de los astros, que sirven de medida al tiempo y tienen tanta influencia en la agricultura, existiera desde su origen entre las poblaciones rústicas de Italia como en las otras ramas de la familia indoeuropea<sup>20</sup>. ¿No podría ser el sol una de las divinidades indígenas de Roma –«indiges»–, tal vez la principal? Es famoso el texto de Platón en «Leyes», que nueve siglos anterior, ofrece un paralelismo tan interesante con el de León Magno:

«Siendo aún niños de pecho se ha oído y visto a los propios padres... que apostrofan a los dioses con invocaciones y plegarias... percibiendo y observando, así mismo, las postraciones –«proskinéseis»– y adoraciones que hacen al salir y ponerse el sol y la luna los griegos y los bárbaros todos en sus desgracias y bienandanzas de todo género...»

Este rito practicado en épocas tan distantes, ¿no acusaría un carácter definidamente ancestral?

#### NOTAS

<sup>1</sup> Lof, L. J. van der, «Manichäisme Verbeugungen vor der Sonne auf dem Vorderplatze der Sankt Peterkirche in Rom?» en *Numen* XVI, 1969, pp. 156-160. El texto de León Magno en *Corpus Christianorum. Series Latina CXXXVIII. Sancti Leonis Magni Romani Pontificis Tractatus septem et nonaginta*. Recensuit Antonius Chavassee. Turnholti 1963.

<sup>2</sup> L. M., Tract. XXII, 210.

<sup>3</sup> L. M., Tract. XLII, 180 y 181.

<sup>4</sup> L. M., Tract. XXVII, 71 y ss.

<sup>5</sup> L. M., Tract. XXVII, 58 y 59.

<sup>6</sup> L. M., Tract. XXVII, 81-83. Lauras, A., «Saint Léon le Grand et le Manichéisme romain» en *Studia Patristica* XI, pp. 203-209.

<sup>7</sup> L. M., Tract. XVIII, 21 y ss.; XLI, 76 y ss.

<sup>8</sup> Mt. 3,20 (Núm. 24,17; Sal. 19; Is. 60, 1). Sore el culto al sol en el empleo de Jerusalén al final del período preexílico cf. G. H. Box, «Judaism in the greek Period» en *The Clarendon Bible*, vol. V, p. 228.

<sup>9</sup> Luc. 1, 78; Io. 1, 9.

<sup>10</sup> Es famoso el pasaje de Agustín (In Ioannis Evangelium), Tract. XXXIV, 2: «...Ego sum lux mundi». Et forte non desit qui dicat apud semetipsum: Numquid forte Dominus Christus est sol iste, qui ortu et ocasu peragit diem?...»

<sup>11</sup> Hech. de los Apost. 20, 7; Apo. I, 10. La sinaxis eucarística se celebraba al romper la aurora, como se describe en *Plinii Epist. ad Traianum*, X, 97. La profesión de fé bautismal la hacía el catecúmeno vuelto a Oriente.

<sup>12</sup> El matiz solar no lo ha perdido todavía la liturgia en la fiesta de Navidad: la Misa de la Aurora «Lux fulgebit...» El mismo matiz ha sido destacado por Agustín en la Natividad del Bautista (Sermo 293, I, t. V. ed. Maurina, 1681): «Postremo nascitur Ioannes, dum iam lux minuitur, et nox incipit crescere: nascitur Christus dum nox accipit detrimentum et dies augmentum. Et tanquam hoc signum nativitatis amborum Ioannes ipse respiciens, dicit: «Illum oportet crescere, me autem minui». Sería interesante poder coleccionar los usos populares en torno al 24 de junio relacionados con el sol. Hasta hace no muchos años se preparaba la noche anterior un huevo escalfado dentro de un vaso con agua; tenía que recibir al día siguiente el primer rayo de sol y se convertía en la figura de un barco de vela. Asimismo se partían doce cascos de cebolla con unos granos de sal: bajo el influjo del primer rayo solar se licuaban los granos de sal de los cascos pertenecientes al mes, en que hubiera de llover. Sobre el tema de Navidad cf. H. Leclercq, *Dic. Archeol. Chré.* «Nativité de Jésus», pp. 905-958. Franz Cumont en Daremberg-Saglio, *Dict. Antiq.* «Mithra», pp. 1.944-1.954 (t. IV, 10.<sup>a</sup> part.). Más ampliamente en Usener, Hermann, *Das Weihnachts Fest*, Bonn 1969.

<sup>13</sup> Cumont, Franz, *Textes et Monuments figurés relatifs aux mystères de Mithra*, 2 vol. Bruxelles 1896-1898, p. 202.

<sup>14</sup> Id. p. 342, n. 4 (Corresponde al «genethlion tou Heliou, auxei phos» del calendario astrológico del astrónomo Antíoco).

<sup>15</sup> Usener, «Sol invictus» en *Rhem. Mas. f. Philol. N. F.* LX, pp. 566 y ss. Cf. también Alföldi, María R. «Die Sol Comes -münze vom Jahre 325» en *Mullus*, Münster 1964.

<sup>16</sup> Cumont, Franz, «La théologie solaire du paganisme romain» en *Mem. pres. Acad. Incri. sav. étr.*, pp. 453 y ss.

<sup>17</sup> Cumont, *Textes et Mon.*, pp. 220 y ss.

<sup>18</sup> L. M. Tract. XVI, 98.

<sup>19</sup> En Pauly-Wisowa, *Realencycl.*, art. «Aberglaube» I, 38 y ss.

<sup>20</sup> Schrader, *Realencycl. der indogerm. Altertumskunde*, 1901, pp. 672 y ss. Dechelette, «Le culte du Soleil aux temps préhistoriques» en *Rev. arch.* I, 1909, pp. 305 y ss. La atracción de los viejos lugares de culto sobre las almas sencillas se manifiesta en la reinterpretación del nombre griego del sol y la metamorfosis del viejo culto ahora en honor de Elías, que pervive en tiempos cristianos cf. K. Wessel, art. «Elias» en *Reallexikon für Antike und Christentum*, t. IV, Stuttgart 1959.